

## RESEÑAS

FLORA BOTTON BEJA (coord.), *Historia mínima de China*, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, 2010, 356 pp.

Como parte de un esfuerzo institucional sistemático, publicar historias mínimas de Asia, aparece este libro que es mínimo solamente en su número de páginas. Es destacable que la mayoría de los temas de la obra, 12 en total, han sido escritos por profesores, ex profesores y ex alumnos del Centro de Estudios de Asia y África, lo cual es una muestra de las muchas expresiones de las actividades de enseñanza e investigación de su área de China.

La *Historia mínima...* cubre un conjunto de lapsos históricos, que van de la prehistoria a los cambios políticos recientes en la República Popular China, pasando por periodos dinásticos de Zhou a Qing. La división es una elección con propósitos didácticos: sigue el curso de las grandes líneas de las dinastías y de los acontecimientos posteriores a las mismas. Estas páginas permitirán al lector no experto aprehender y aprender elementos esenciales de diferentes procesos históricos, gracias a que contará con “una visión general pero experta de una larga historia”, como afirma Flora Botton en la introducción.

Las páginas iniciales cuentan con un siempre útil mapa de ubicación de China en Asia, y parten de elementos sencillos, aunque no se explican con mucho detalle: población, lengua y escritura, además de una tabla cronológica y una explicación sobre el sistema utilizado de transcripción fonética; ello es la base que permitirá al lector adentrarse en la máxima historia de China, encapsulada aquí de forma ordenada, clara y precisa. En diferentes partes, como desde la primera página, los mapas son un apoyo excelente para la mejor comprensión de la narración histórica, ya que se encuentran ubicados para mostrar, sobre todo, la transformación espacial de lo que hoy conocemos como China.

El reto: “sintetizar miles de años de historia, plasmando los elementos esenciales de permanencia y cambio, binomio clave para la comprensión de la historia china en cualquiera de sus aspectos” ha sido alcanzado adecuadamente, de tal forma que el lector, además de entrar a este complejo territorio, se sentirá animado a conocer lo que en estas páginas se esboza. Otros desafíos se asoman en la *Historia mínima...*, como la división temporal, pero sobre todo la elección temática para los periodos abarcados en ella, la cual ha estado en función lo mismo de las diversas especializaciones de los autores que de las especificidades históricas de cada periodo.

Tal como se explica en la introducción, los apartados, “pese a diferentes estilos y formaciones, están entrelazados a través de puentes temáticos, y son de extensión corta, lo cual sería intrascendente sin la capacidad para explicar en un espacio tan limitado, de forma precisa, complejos procesos históricos”.

Walburga Wiesheu, arqueóloga de formación, se ocupa de aspectos claves en los orígenes de la civilización china, como la agricultura y los procesos tecnológicos asociados a la producción de cerámica y bronce, entre otros. Por supuesto, aborda la creciente complejidad organizacional sociopolítica, así como la religión, la formación de ciudades y estructuras gubernamentales. Sobre la base de profusos trabajos arqueológicos, Wiesheu ayuda a transitar por periodos antes considerados míticos, como la dinastía Xia.

Las dinastías Zhou y Qin han sido abordadas por Albert Galvany, traductor de *El arte de la guerra*, quien se ocupa de aspectos fundacionales, como el Mandato del Cielo, denominado Celeste por él. Nos presenta, entre otros personajes, a Confucio, ubicado en su contexto histórico, como innovador y continuador de otras tradiciones culturales. El autor se muestra convencido de la imposibilidad de la imparcialidad, en cuanto a cómo evolucionó la dinastía Qin, desde la llamada unificación hasta su caída.

Flora Botton, autora de la bien conocida *China, su historia y cultura hasta 1800*, aborda los siguientes periodos: Han, Tres Reinos y las Seis Dinastías, Yuan, Ming y Qing. Personajes claves, muy conocidos como Wang Mang, o menos famosos pero importantes, como Bayan, son retratados, de tal forma que se

hace comprensible su trascendencia en su momento histórico. De acuerdo con sus temporalidades específicas, Botton explica la religión, filosofía, literatura, economía, sucesos militares y hasta aspectos de la vida cotidiana. Sobresale el tema del sistema tributario, una relación establecida entre desiguales y una expresión simbólica del poder imperial durante Han.

El especialista en China José Antonio Cervera, conducirá al lector por las dinastías Sui, Tang, Tang; por aspectos relacionados con el funcionamiento administrativo del Estado. Cultura y rebeliones son centrales en estas páginas. Dada su importancia en el pasado y en el presente, el elemento cultural, en su dimensión filosófico-religiosa, será uno de los que más podrían interesar al lector. Menos conocida, fuera de los expertos, pero no menos interesante, es la Rebelión de An Lushan, llamativa por la explicación tradicional masculina sobre su origen y debido a su impacto regional.

Eugenio Anguiano, que ha estudiado varios aspectos de la realidad china, tuvo a su cargo el estudio de los declives Qing y el nacionalista. Si en los periodos anteriores es posible encontrarnos con situaciones complejas, donde la estabilidad y la inestabilidad se complementan, a partir de siglo XIX, turbulencias de diferentes tipos se vuelven dominantes. Anguiano explica al lector la rebelión Taiping, las Guerras del Opio, las disputas internas gubernamentales, la Guerra con Japón y la Revolución Nacionalista, entre los acontecimientos más importantes.

Finalmente, Romer Cornejo, especialista en el sistema político chino, llevará al lector a buen puerto, tras un agitado viaje a través de miles de años de historia. Sin obviar rupturas y continuidades, Cornejo optó por una narración cronológica explícita. Las últimas páginas muestran los siguientes elementos primordiales: periodos significativos, políticas y personajes sobresalientes, así como los enfrentamientos políticos más importantes en el seno de la elite gobernante. El texto es coronado con una explicación de las transformaciones económicas y de un aspecto esencial en su aportación: la relación entre gobierno y sociedad.

Este libro, por el grado de especialidad de sus creadores plasmado en su contenido, más allá de una lectura ocasional puede ser usado como obra de consulta, y en las aulas por los

estudiantes de habla hispana, lo cual podría ayudar a mejorar el conocimiento de la historia china, incluso en los jóvenes preuniversitarios.

FRANCISCO JAVIER HARO NAVEJAS  
*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

SAMI TCHAK, *Filles de Mexico*, París, Mercure de France, 2008, 180 pp.

¿Quién se lo hubiera imaginado? Después de un comienzo de novela agitado y variopinto donde el protagonista, Djibril Nawo, un “Negro” togolés, se deja atrapar por tres servidoras sexuales de la Zona Rosa, lo acompañamos luego, en el segundo capítulo, a El Colegio de México y, más específicamente, al Centro de Estudios de Asia y África. Recién llegado de La Habana, donde realizó siete meses de investigación sobre prostitución, Djibril, escritor de profesión, ha sido invitado a dar una serie de conferencias. Lo reciben dos profesores de swahili. Ahí impresionado por la “belleza” de los cubículos de esta institución “prestigiosa”, el “Negrito” se siente chiquito y acomplejado. Le invaden sobre todo las dudas al salir de su propia conferencia y, en un bar del barrio de San Ángel, lo tranquiliza Dino, su amigo colombiano y estudiante de El Colegio, quien le insiste en que ha sido “muy brillante” su intervención oral y por ello la directora del Centro de Estudios de Asia y África, una argentina llamada Celma, ha decidido invitarlo nuevamente dentro de tres meses. Con estos elementos, ubicados al principio de la novela, nos damos cuenta del buen calibrado que tienen la colocación de lugares reales y el tejido de una historia perfectamente ficticia.

El paso por El Colegio es fugaz, como casi todas las secuencias de la novela. Djibril vagabundea por la ciudad de México antes de seguir sus peregrinaciones en la gran Bogotá de Colombia. Cada capítulo pinta un cuadro urbano, revela la potencia del encuentro humano y marca una temporalidad precisa no siempre relacionada con lo anteriormente narrado. De entre los lugares visitados, el “Negro” se sumerge en los

laberintos de Tepito tomado de la mano de un niño de la calle, a quien compra ropa nueva; conoce también a una novelista, poeta, dramaturga y productora de programas de televisión colombiana, Deliz Gamboa, en San Ángel. Ella lo hospeda luego en un departamento lujoso de cinco pisos en la parte norte de Bogotá; y, a partir de este punto fijo, Djibril se escapa cotidianamente a pasear por otras zonas, peligrosas y de mala fama, como El Paraíso. En las dos ciudades, México y Bogotá, la historia se construye en paralelo con la desaparición de una persona cercana al “Negro”. En México, el amigo colombiano Dino lleva a un hombre desconocido a su departamento en Coyoacán para una aventura sexual, y Djibril se entera del desenlace trágico al ver el telediario. En Bogotá, es Deliz quien desaparece, y temiendo su posible muerte de ésta, Djibril entra en un verdadero delirio durante el cual lo sacude y cuestiona una voz: “¿Por qué siempre contemplar la vida de color negro como lo es tu piel?”

La piel negra constituye a la vez la tela de fondo y el hilo conductor de la novela. En estos escenarios latinoamericanos, Djibril se ve en la obligación de declinar su país de procedencia —Togo— cada vez que alguien se lo pregunta, en el menor intercambio callejero y efímero. Asimismo, es la piel negra la que le da cierta accesibilidad, ya que le permite crear de manera instantánea vínculos humanos con homólogos africanos como Nelo Vives, un poeta y militante político de 62 años, su hija Rosita y las gemelas Villalonga. El “Negro”, Djibril, tiene la cara marcada por una cuchillada y este detalle aparece, puntual pero constantemente a lo largo de la novela, como la metáfora del sufrimiento debido a la discriminación racial. La piel negra del africano en América Latina —como en otras partes del mundo— es el estigma por excelencia y la causa de enfrentamientos verbales y físicos. Deliz Gamboa subraya a Djibril que son oficialmente siete millones de negros en Colombia, es decir, ni más ni menos que el doble de los que hay en Togo.

En la historia, se yuxtaponen espacios sociales privilegiados con lugares pobres y lúgubres; se mezclan personajes cultos que han recibido una educación en instituciones elitistas con otros que se han criado en la calle. En el abismo abierto por estos polos opuestos, se impone un clima de violencia extrema

donde la vida flirtea con la muerte, pero donde la sexualidad —aunque desenfadada, inmediata y peligrosa— quizá sea la única comunión humana posible capaz de anihilar las diferencias socioculturales y de borrar momentáneamente la mala suerte de la piel negra. Envueltos en un lenguaje crudo y directo, lo que es también una manera de cancelar las distancias entre seres humanos, los actos sexuales se comparten ante todo entre personas dotadas de una subjetividad, es decir, entre sujetos. Quizás este rasgo de la novela constituya a la vez su gran virtud y uno de sus intereses académicos más fuertes.

Las mujeres con las que Djibril entabla una relación —sexual o de otra índole— nunca son retratadas como mujeres-objeto y presas del deseo del otro, sumergidas en redes de prostitución y víctimas de su condición. Son mujeres fuertes que han aprendido a debatirse, a defenderse e incluso a atacar al otro para sobrevivir y vivir en su medio social. Son mujeres con historias de vida densas y trayectorias socialmente ascendientes (Deliz) o descendientes (Melinda); la visión global que recibimos de ellas no se reduce a sus maneras de actuar sexualmente en un aquí y ahora, sin ninguna contextualización. Hombres y mujeres juegan juntos y aunque Nelo Vives evoca la triste realidad de la compra de mujeres, él cuenta también cómo decidió convertir a su propia mujer en un ser humano. Todos los personajes de esta novela son seres humanos que comparten un trozo de la difícil vida cotidiana. Todas las edades son representadas, de la niñez a la vejez, y todos expresan a su manera sus luchas, sus resistencias, sus tomas de poder, así como sus renunciaciones y derrotas frente a los demás. No hay ningún héroe en la novela, ni Djibril, el protagonista, quien se desliza entre los intersticios de las capas sociales, raciales y de género. Experimenta, se deja empapar por los diferentes ambientes y conoce todo tipo de emociones. Más que otra cosa, este “Negro” proporciona materia para la reflexión al lector que sigue sus errancias.

El libro pinta interacciones intensas, recurre a un lenguaje franco sin liberarse de una estética literaria, absolutamente deliciosa. Es una novela realista: se siente que la ficción ha sido imaginada y construida a partir de un conocimiento sólido y de la inmersión en estos mundos desgraciadamente reales. En el personaje de Djibril parece lógico suponer que se esconde y revela

el autor del libro. Pero ¿quién es este escritor?, me pregunté, al acabar la novela. Su paso por El Colegio de México y la descripción tan fiel de la institución no podían ser inventados. Internet tiene eso de mágico: ofrecer una información inmediata.

Sami Tchak es, en realidad, el pseudónimo de Sadamba Tchakoura. Ha escrito varias novelas: *Le paradis des chiots* (2006), *La fête des masques* (2004), *Hermína* (2003), *Place des fêtes* (2001) y *Femme infidèle* (1988), así como ensayos: “L’Afrique à l’épreuve du Sida” (2000), “La sexualité féminine en Afrique” (1999) y “Formation d’une élite paysanne au Burkina Faso” (1995). Nacido en 1960 en Togo, Sami Tchak estudia la licenciatura en filosofía en la Universidad de Lomé, la capital de su país. Después, llega a Francia en 1986 a estudiar sociología y, en la Sorbona (París V), defiende su doctorado en 1993. En el marco de sus actividades como sociólogo, hace en Cuba una investigación de siete meses —exactamente como Djibril Nawo— sobre prostitución, en 1996. De hecho, publica también, en 1999, *La prostitution à Cuba. Communisme, ruse et débrouilles*. Si, tal como Djibril Nawo, Sami Tchak llegó a México después de su estancia cubana, calculamos entonces que habría estado aquí entre 1996 y 1997. Él mismo nos lo confirma en un correo: “Estuve en El Colegio de México hace 14 años”. Sin duda, la potencia literaria es ésta: poder transportar a una historia ficticia la fuerza de una experiencia vivida. Al mismo tiempo, se agradece también al escritor despejarnos sobre problemas de la sociedad tan profundos como los que abordan las *Filles de Mexico*.

KARINE TINAT

*Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer  
El Colegio de México*

GILES CHANCE, *China and the Credit Crisis. The Emergence of a New World Order*, Singapur, John Wiley & Sons (Asia) Pte. Ltd., 2010, 224 pp.

Las últimas dos décadas del siglo xx testificaron la evolución de la economía internacional, que transitaba hacia una mayor

integración y ampliación de los flujos comerciales y financieros. Las grandes crisis financieras de los años noventa demostraron las desventajas de tener economías más abiertas una vez que los efectos negativos corrían de una economía a otra como si de una correa de transmisión se tratara. No obstante, también quedó demostrado que las crisis podían ahora tener una duración y profundidad menor dentro de un entorno interdependiente, a diferencia de las crisis ocurridas en economías más cerradas. El elemento común que más interesa para efecto de esta reseña es que las mayores crisis de los noventa tuvieron su epicentro en países con economías en vías de desarrollo. Desde México en 1995, hasta Argentina en 2001, pasando por Tailandia, en 1997, Rusia en 1998, y Brasil en 1999, el origen de las crisis financieras que azotaron principalmente a las economías de Asia, África y América Latina sirvió a los líderes de las economías desarrolladas para demostrar, a través de los organismos económicos internacionales en los que gozaban de una participación mayoritaria, la superioridad de su visión económica, centrada en la libertad de los mercados y la apertura general de la economía. Bastaron tan sólo unos años para cuestionar dichas suposiciones.

Los problemas presentados en el mercado inmobiliario estadounidense durante 2007 fueron el primer anuncio de lo que habría de venir en los próximos años para la economía mundial en su conjunto. En la que ha sido catalogada como la mayor crisis financiera desde la Gran Depresión, hace ya setenta años, se pueden apreciar los signos de cambio de una idea que se fue creando años atrás, en torno de la fuerza e inmunidad de la economía más desarrollada y sofisticada del mundo. El hecho de que por primera vez en mucho tiempo el epicentro de una crisis financiera se haya localizado fuera del mundo en desarrollo, y lo que es más, en el propio Estados Unidos, ha representado un golpe bajo para los proponentes de una desregulación total de los mercados, especialmente el financiero, y de un mayor retiro del Estado de la escena económica.

En su obra autobiográfica, Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos de 1987 a 2006, representa a la perfección la visión que se compartía sobre la superioridad del modelo económico estadounidense, y justifica cada una de



sus acciones al frente de una institución clave, no sólo para el buen funcionamiento de la economía estadounidense, sino para el de la economía mundial en su conjunto.<sup>1</sup> Profundamente identificado con los postulados de Adam Smith y John Locke, Greenspan atribuye a las reformas neoliberales de los ochenta la recuperación gozada por la economía estadounidense durante la época de bonanza de los noventa. Tras un proceso de mayor liberalización y apertura, la economía de Estados Unidos, para sorpresa de muchos, se había vuelto tan sofisticada y desarrollada que fue capaz de superar sin mayores dificultades algunos episodios que en otro momento hubieran sido causa de mayores catástrofes financieras, tales como el *crack* financiero de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1987 y el estallido de la burbuja especulativa del “punto-com” en 2000. Greenspan destaca también a internet como el invento revolucionario que contribuyó al crecimiento y sofisticación de la economía más grande del mundo, aunque admite que tuvo que percatarse de ello en contra de sus concepciones iniciales sobre las empresas que hacían grandes negocios con la red. De acuerdo con esas ideas, el antiguo banquero central más influyente del mundo estaba convencido de que el funcionamiento del libre mercado y la aparición del internet, manifestados todos bajo el concepto de “destrucción creativa” en la economía de Estados Unidos, habían logrado un escenario rara vez vislumbrado en la historia económica moderna: crecimiento económico combinado con baja inflación.

La visión expuesta por Greenspan, como él mismo reconocería años después, no contribuye a dar una explicación clara de lo que está detrás de la crisis financiera estadounidense que se extendió al resto del mundo entre 2008 y 2009. Frente a tal problemática, la consideración de una obra como la de Giles Chance se vuelve trascendental. Aquello que Greenspan y otros analistas identificaron en su momento como fenómenos cuya naturaleza era en gran medida doméstica, es visto bajo una nueva perspectiva por los ojos de Chance, quien apunta hacia un factor externo que indirectamente ayuda a explicar el origen de la crisis: Chi-

<sup>1</sup> Alan Greenspan, *The Age of Turbulence: Adventures in a New World*, Nueva York, Penguin Press, 2007, 554 pp.

na. En *China and the Credit Crisis*, Chance busca evidenciar los errores en los que incurrieron los tomadores de decisiones en Estados Unidos y Europa, cuando no se percataron de los cambios que estaban sucediendo en la economía mundial con el ascenso de China como potencia económica. Presentado como un texto sencillo, dirigido esencialmente a lectores que poseen un conocimiento básico de China y su realidad actual, el libro de Chance puede servir de introducción a los interesados que buscan especializarse en temas económicos contemporáneos.

Desde los primeros dos capítulos, que fungen como la introducción al resto de la obra, Chance identifica a la baja inflación como el elemento clave que ayuda a explicar el origen de la crisis financiera. La fe ciega de Greenspan en las fuerzas del mercado y su preocupación sobre una baja inflación que podría convertirse en deflación (frenando así el crecimiento económico), llevó a la Reserva Federal a mantener bajas tasas de interés y un alto grado de liquidez durante los primeros años de la administración de George W. Bush, sin percatarse realmente de los motivos de la estabilidad en los precios. Al tener intereses bajos y mucha liquidez, el costo de endeudarse en Estados Unidos se hizo cada vez más barato, conduciendo a niveles excesivos de deuda. Ante la falta de supervisión, tanto pública como privada, conjugada con el riesgo moral (entendido por Chance como la confianza en el gobierno, que entraría siempre al rescate de los bancos e instituciones financieras más importantes ante el riesgo de posibles crisis), los distintos tipos de deuda, pagable e impagable, se mezclaron en los mismos portafolios y provocaron que fuera imposible distinguirlos. Usando el sector de los bienes raíces, bajo la creencia de que sus precios tradicionalmente tienden a la alza, los especuladores realizaron apuestas cada vez más grandes, pero una vez que las tasas de interés comenzaron nuevamente a subir, en 2007, estalló finalmente la burbuja y las corporaciones financieras fueron cayendo una tras otra hasta afectar a gigantes como Lehman Brothers en octubre de 2008, paralizando al resto de la economía estadounidense y a los países europeos donde una buena parte de la deuda había sido colocada.

La baja inflación como el elemento central del argumento de Chance, tiene su origen precisamente en la inserción

de China a la economía internacional. Con su gran masa de mano de obra barata y disciplinada, y las reformas ideadas por Zhu Rongji y Wu Yi que buscaron sujetar el crecimiento económico de China al sector exportador tras la crisis asiática de 1997, China comenzó a inundar los mercados del mundo con artículos cuya calidad iba en ascenso y cuyo precio iba en descenso. La presencia de los productos baratos chinos en países como Estados Unidos significó un alivio para los bolsillos de los consumidores, quienes vieron aumentar su poder adquisitivo y sus estándares de vida, aun cuando su salario permaneció estancado; en pocas palabras, provocó bajos niveles de inflación. El autor aclara, no obstante, que no debe confundirse la realidad: su idea principal gira alrededor de que la crisis financiera no fue causada por China, sino que fue el comportamiento temerario de banqueros y especuladores, motivados por las políticas incorrectas y la imprudencia de los líderes en Washington, lo que minó la capacidad de afrontar a tiempo la situación que se estaba gestando. Sin embargo, en sus propias palabras: “China no causó la crisis crediticia. Pero sin China (y sin la presencia de sus bienes y dólares reciclados provenientes de su superávit comercial en la economía estadounidense), la crisis probablemente no hubiera sucedido” (p. 23).

En el tercer capítulo, Chance asegura que el efecto más importante de la crisis sobre China fue hacer ver a sus líderes la necesidad de desempeñar un mayor liderazgo en la economía internacional a través del desarrollo de su mercado interno y el fin de su sujeción a las exportaciones, principalmente aquellas que tienen como destino Estados Unidos. No obstante, para conseguirlo, el primer problema por vencer es la alta tasa de ahorro de su población. Al reducir el ahorro, el gasto de los chinos se incrementará, y con él lo harán las importaciones de bienes estadounidenses y del resto del mundo, equilibrando así su comercio y convirtiendo a la economía china en “una fuente de demanda fuerte y sostenida —como el papel que Estados Unidos ha desempeñado durante muchos años” (p. 61). La costumbre china del ahorro, derivada de un siglo lleno de penurias económicas, y relacionada con el desmantelamiento de la red de seguridad de la época comunista, un sistema financiero que permanece fuertemente supervisado por las autorida-

des estatales y que está poco integrado a los mercados internacionales (situación que paradójicamente se erigió como una de las causas que provocaron que la economía china no se viera tan afectada por la crisis internacional), así como el progresivo envejecimiento de la población, hace que enfocarse en el consumo interno como motor principal de crecimiento no sea una tarea sencilla. En el corto plazo, la economía seguirá dependiendo de las exportaciones y aprovechando la ventaja de un gobierno centralizado que puede gastar por la población y cuenta con un amplio superávit comercial para hacerlo.

El cuarto capítulo sigue el tono del anterior y reconoce que aun cuando la economía de China ha superado ya en tamaño a la de Japón, y hará lo propio con la de Estados Unidos en un lapso no mayor a treinta años, sigue siendo una economía en desarrollo, con una gran parte de su población viviendo en la pobreza. Este factor ha motivado a China a desempeñar un papel cauteloso dentro del sistema de las relaciones internacionales. Al citar el caso de la invasión a Irak y su discusión dentro del Consejo de Seguridad de la ONU, Chance demuestra la tibieza de China para oponerse abiertamente a Estados Unidos (su primer mercado de exportación), de la manera que lo hicieron Rusia y Francia, pues “aunque en el contexto internacional China parezca cada vez más poderosa e importante, aún está a merced de las dificultades para satisfacer las necesidades de su inmensa población. China, a diferencia de Francia, no puede darse el lujo de apoyar causas morales en la escena internacional, que puedan perjudicar su propia economía, por más importantes que sean” (p. 74). No obstante, la crisis financiera internacional convenció a los líderes chinos de buscar acelerar las reformas de las instituciones económicas del llamado sistema Bretton Woods, para adaptarlas a la realidad actual mediante la reducción del poder y la influencia de Estados Unidos y Europa, en favor no sólo de China sino también del conjunto de economías emergentes más grandes del mundo; así como una rotación de poder del G-8 hacia el G-20.

En el quinto capítulo se expone otro de los efectos de la crisis sobre la visión de los planeadores económicos chinos: la convicción de la necesidad de abandonar el dólar como moneda de cambio internacional, debido a su responsabilidad en los altos

niveles de endeudamiento que precipitaron el desastre financiero en Estados Unidos. Los líderes chinos se refieren cada vez más en sus discursos a “la desventaja de usar una moneda mundial que también funge como moneda de un país, ya que los diferentes objetivos perseguidos por una moneda nacional y una moneda mundial son causa de inestabilidad global, económica y financiera” (p. 97). No obstante, esa meta se vislumbra de largo plazo, debido a que los chinos, por sí solos, no pueden terminar con el dominio del dólar como moneda internacional ni parecen desear reemplazarle por su moneda nacional, el yuan.

Para conseguir un cambio, los líderes de China han dado la impresión de trabajar para lograr un consenso, en especial con sus contrapartes en los países con economías emergentes, que reconozca la necesidad de transitar hacia un sistema con una moneda de cambio supranacional (similar al DEG o Derechos Especiales de Giro del Fondo Monetario Internacional), compuesta por una amplia canasta de monedas nacionales, continuamente modificada para reflejar con una mejor exactitud las proporciones relativas en el producto mundial. De alcanzar dicho consenso, la estructura financiera internacional daría el primer paso hacia una gran transformación que, de acuerdo con el autor, podría suceder más pronto de lo que se imagina, aunque todo depende en gran medida del desarrollo próximo de las relaciones entre Beijing y Washington.

Este último punto es precisamente abordado en el sexto capítulo del libro, que tiene como meta profundizar sobre la forma en que la crisis afectó el curso de las relaciones bilaterales sino-estadounidenses, así como los prospectos derivados de tal escenario. Tras exponer la dependencia que se gestó en Estados Unidos hacia los dólares prestados por China a través de la compra de deuda pública, y emanados del enorme superávit comercial de la última, Chance se cuestiona sobre si la economía china en la nueva coyuntura económica necesita a Estados Unidos tanto como éste a aquélla, y hasta qué grado el acercamiento y entendimiento entre ambas partes puede ser sostenible. Tras exponer brevemente la dificultad histórica de las relaciones sino-estadounidenses durante el siglo xx, cuando ambos actores se percibían más como adversarios que como amigos, el autor refiere que el acercamiento ocurrido luego de septiembre de

2001, no evitó del todo que algunos sectores de Washington continuaran sospechando de las desventajas que traería para la economía estadounidense el acrecentar sus vínculos comerciales con China; no obstante, especifica:

el desastre financiero, que inició en Estados Unidos, erosionó la creencia generalizada de que éste había conducido sus propios asuntos económicos tan bien como debía, y alcanzó entre los estadounidenses un grado de autocuestionamiento antes inadvertido en el debate sobre su desequilibrio comercial con China (p. 129).

De ser así, los estadounidenses habrían comenzado a reconocer sus errores y su responsabilidad en una relación comercial tan desequilibrada, aunque ello no hace más deseable o probable la conformación de un G-2, entre China y Estados Unidos, con facultades para resolver los problemas ocurridos en el sistema internacional.

El séptimo capítulo se enfoca en las relaciones de China y el resto de Asia, primero desde un punto de vista histórico que después se contrasta con la situación actual de crecimiento económico en China y la crisis financiera de 2008. En la actualidad, China ha desplazado a Estados Unidos como el primer socio comercial de los países del Este y el Sureste Asiático, incluido Japón, a quien ha ayudado a salir de su estancamiento económico iniciado en los noventa. Al comparar los factores que las tres grandes potencias de Asia (China, India y Japón) tienen a favor y en contra en el corto plazo, el autor otorga la ventaja momentánea a China, lo que permite a sus líderes manejar los asuntos regionales a su favor, y garantizar así su desarrollo económico a través del acceso permanente a los recursos naturales del continente, aunque sin estar exento de los conflictos que puedan generarse a causa de los puntos pendientes en la agenda regional, como los conflictos limítrofes y la situación de Tíbet y Taiwan. Luego de enumerar los principales intereses que han acercado a China con otros países de Asia, desde el Sureste Asiático hasta Rusia, Asia Central, Irán, Corea del Norte y el Medio Oriente, el autor apunta hacia la debilidad estadounidense provocada por la crisis económica y su dependencia de la asistencia financiera china para salir del problema, como las claves que permitieron a la economía china erigirse como motor de

crecimiento en Asia y comenzar a tener un papel más protagónico en el sistema interasiático de naciones.

En el mismo tono, Chance analiza en el capítulo ocho las relaciones de China con los países de África y América Latina, antes y después de su etapa de crecimiento económico acelerado y de la crisis financiera actual. De acuerdo con su análisis, es importante conocer la relación de una potencia emergente con el resto de las economías en desarrollo ya que, en palabras del autor:

el destino del mundo emergente depende de los países más ricos y poderosos. Las acciones y actitudes de los países más pobres representan un barómetro que es sumamente sensible a los cambios en el clima del poder global. En ninguna parte se ha hecho más evidente el cambio en el equilibrio del poder global que en la clientela de las superpotencias conformada por los países emergentes (p. 158).

Presentándose como la heredera de una historia de nación humillada, semicolonizada y no reconocida durante gran parte de la Guerra Fría, el acercamiento estratégico de China a los países africanos y latinoamericanos con el fin de asegurarse el abastecimiento de materias primas y mercados para sus productos e inversiones, ha hecho que estos últimos, en la mayoría de los casos, perciban a los chinos como amigos y socios, más que como competidores y amos, visión que acostumbran tener de los europeos y estadounidenses; además, en ocasiones dicho acercamiento ha significado un apoyo indirecto a regímenes mal vistos en Occidente, o un riesgo a sus inversiones por el clima de corrupción e ingobernabilidad de algunos países en esas regiones.

Es en los últimos dos capítulos de la obra, Chance pretende descifrar los retos y las posibilidades que tiene China para colocarse como un líder indiscutible en el sistema internacional posterior a la crisis financiera. Actualmente, en gran parte del mundo desarrollado persisten percepciones negativas con relación a las inversiones chinas en sus economías, como en el sonado caso de Unocal en Estados Unidos, que se pueden interpretar como un rechazo al sistema político chino, poco democrático y muy nacionalista. No obstante, se espera que las empresas chinas, públicas y privadas, insistan cada vez más en

invertir en esos países, y busquen convencer a todos de sus buenas intenciones. Aunado a ello, y a pesar del reforzamiento del Partido Comunista en el poder bajo el liderazgo de Hu Jintao y Wen Jiabao, en el largo plazo se puede esperar una transformación política que ha iniciado ya con las elecciones libres en los niveles más bajos de la administración pública.

Por otra parte, las relaciones de China con Estados Unidos seguirán determinando el grado de éxito con el que China alcance su meta de desarrollo. Si los motivos de fricción continúan, e incluso se incrementan exponencialmente por iniciativa de alguna de las partes, cabe esperarse la aparición de una nueva Guerra Fría, o incluso un conflicto armado sin precedentes en la historia. Por lo tanto, Chance asegura:

la ruta pacífica que de seguirse es por mucho la más simple, porque sirve de mejor manera a los intereses de todos, particularmente los de China... [L]a meta de China no es el dominio mundial o ir a la guerra contra Estados Unidos, sino desarrollarse a toda capacidad. Ésta es una tarea que le mantendrá ocupada por completo durante los próximos cien o más años, y la vinculará cada vez más con el resto del mundo. A la vez, el mundo se mantendrá cada vez más y más ocupado con China (p. 190).

De igual forma, es importante reconocer que el impacto de la crisis financiera sobre la autopercepción del pueblo chino y su visión del mundo, particularmente de Occidente, ha sido muy significativo. El autor asegura que a raíz de la crisis financiera y el desastre que ha significado para las economías estadounidense y europea, en China se ha comenzado a dejar de ver el sistema occidental superior e infalible, ya que no ha sido capaz de proveer la estabilidad, la seguridad y la fortaleza social adecuadas, que son considerados como valores supremos por la cultura china desde mucho tiempo atrás. No obstante, si el gobierno chino desea convencer a su propio pueblo y al resto del mundo de la funcionalidad de su modelo, para incluso llegar a ejercer una influencia importante en la conformación de un nuevo orden mundial, Chance considera que aquél debe superar el reto de alcanzar el desarrollo pacífico de su país y satisfacer las demandas de las mayorías, aun siendo un sistema político de partido único, o bien por lo menos aparentar trans-



formarse en un sistema multipartidista siguiendo el ejemplo de otros países asiáticos que, no obstante, siguen actuando de facto como gobiernos unipartidistas.

Tras examinar con detenimiento el libro, me parece que a pesar de algunos mínimos detalles inexactos dentro del texto, como fechar incorrectamente la muerte de Deng Xiaoping en 1994 (p. 53), la opinión de Chance merece ser tomada en cuenta por tratarse de un académico cuya vida ha estado desde muy temprano vinculada a la realidad de China. Considero que algunas de las experiencias que el autor comparte en la obra, como su servicio militar prestado a la Corona británica en el territorio de Hong Kong, durante 1976 (p. 50), así como su interacción con sus jóvenes estudiantes chinos en la Universidad de Beijing (Beida), desde 1999, son elementos que ayudan a explicar la postura del autor, quien se aleja del grupo de académicos que se esfuerza por demostrar la veracidad de la Teoría de la Amenaza China, pero sin ponerse del lado de los estudiosos que se enfocan únicamente en los desarrollos positivos de la RPCh.

Desde su introducción y hasta la parte concluyente, las palabras del autor subrayan que su pretensión no es ir en contra del sistema estadounidense en su conjunto, o cuestionar su liderazgo en el mundo, ni tampoco parecen tomar una postura totalmente a favor o en contra de la situación actual de la economía, la política y la sociedad en China. Creo finalmente que al describir las fortalezas y las debilidades con las que China se ha visto envuelta en la coyuntura actual de la crisis financiera, se cumple el cometido inicial de Giles Chance de brindar al lector un panorama básico de las causas y posibles resultados de tal acontecimiento; no obstante, no debe olvidarse que gran parte de este cumplimiento se debe también a lo reciente del tema y a los pocos estudios con los que se cuenta actualmente, tanto dentro como fuera de China.

FABRICIO ANTONIO FONSECA FERNÁNDEZ  
*Centro de Estudios de Asia y África*  
*El Colegio de México*

## DOS APROXIMACIONES A EL FLAGELO DE LA MISIÓN

DAVID N. LORENZEN, *El flagelo de la Misión: Marco della Tomba en Indostán*, México, El Colegio de México, 2010, 223 pp.

### 1

Los tigres. Tigres que invadían los caminos a tal grado que hacían peligroso transitar de una región a otra. Tigres que brincaban sobre el solitario caminante entre tupidas selvas, tigres que amenazaban desde las representaciones pintadas de la caza o hechos piedra para transportar a alguna diosa. El libro de David Lorenzen describe un mundo que se ha retirado de nuestra memoria, donde sucedían acontecimientos fabulosos y terribles, como sacados de las mil y una noches. Viajes increíblemente largos, peligros innumerables, traiciones y huidas milagrosas, una salud a prueba de todo y muertes súbitas: una novela de aventuras no tendría más episodios fantásticos que esta colección de cartas de un capuchino inquieto. ¿Cómo no echar a volar la imaginación con los datos que proporciona este libro sobre la vida en el norte de la India en el siglo XVIII? A los lectores les llamarán la atención las batallas de los ejércitos ingleses y franceses, la rivalidad entre los poderes comerciales europeos, las alianzas con los gobernantes locales, el saqueo y destrucción de los antiguos estados. La incapacidad de la burocracia del Vaticano para sostener a largo plazo la evangelización en Indostán y las equivocaciones a la hora de escoger el personal adecuado para las misiones agregan elementos para formar una idea de las dificultades inherentes a una empresa como la evangelización.

Falta decir que esta historia es una de las mejores construidas entre las publicaciones de El Colegio de México. En ella se combinan la documentación original dejada por un capuchino italiano; el conocimiento histórico, lingüístico, religioso y político de un americano-italiano-mexicano erudito en cuestiones

de la India; la creatividad literaria y la seriedad académica. El libro es una suerte de edición crítica de las cartas de ese italiano nacido en Macerata, pueblo natal de la madre de Lorenzen, quien seguramente estaría muy complacida por el dominio del italiano logrado por su hijo.

La introducción al libro desempeña un papel clave en el relato que sigue. Justifica ante los ojos de la academia el redondear, organizar, explicar y rellenar la información para lograr un todo coherente que permite al lector seguir las andanzas del fraile misionero. El autor recurre al ejemplo de Tácito, quien empleó discursos inventados en sus historias con el fin de hacerlas más convincentes y reales. Otros escritores clásicos comprenderían que “escribir la historia no era simplemente la reconstrucción del pasado” y veían la conveniencia de “incluir en los libros de historia los discursos imaginados de las personas del pasado”. La historia positivista rechaza tales argumentos. Lo que no está debidamente documentado no es historia; como si los archivos no estuvieran llenos de papeles que alejan la realidad en vez de acercarla. Lorenzen hace caso omiso de estos rígidos adoradores del hecho concreto y de las palabras exactas para ofrecernos textos suyos puestos en boca del padre Marco. Son, sin embargo, los menos, y en casi todos los casos son palabras del fraile sacadas de otros informes o de sus correspondencias. El autor no inventó nada, en estricto sentido, sino que acomodó las cartas e informes para construir una autobiografía con fuentes que originalmente no tuvieron ese fin. Como explica Lorenzen en la introducción, este libro no es una novela histórica, es la secuencia de una vida azarosa, con notas eruditas a pie de página, y una conclusión escrita en tercera persona que comenta los últimos y difíciles años del fraile andariego. El resultado es entretenido, informativo, imaginativo y fuente de reflexiones acerca de la futilidad de los esfuerzos humanos y la destrucción continua de lo penosamente construido.

El título del libro se refiere a ese final, pero el principio de la historia pudiera haber dado lugar a un título como “El esforzado de la misión”. Ningún obstáculo fue suficiente para parar las actividades de ese hombre de “intrepidez asombrosa”, como lo llama Lorenzen. Los idiomas de Nepal, Tíbet y el norte de la India todavía son numerosos y constituyen un formidable

obstáculo lingüístico. Convertir al catolicismo dieciochesco a poblaciones de antigua tradición hindú suena a empresa imposible. Sobrevivir 16 años y luego casi otros 20, en una región tan inhóspita para un occidental, es de admirarse y para condolerse de él, de ese hombre que al final de una larga y esforzada vida muere sin crédito, sin reconocimiento, más bien estigmatizado como una plaga, como el flagelo de la misión. Pero su labor y la de sus correligionarios sí fructificó en una ciudad, Bettiah, que hoy día tiene una población de 15 000 cristianos, digna herencia de su heroica constancia y entrega.

El hecho de que hasta la fecha subsistan poblaciones cristianas derivadas de aquéllas atestigua el impacto que tuvieron los hospicios establecidos por los capuchinos. Nos recuerda la influencia que tuvo una docena de franciscanos a partir de 1524 en Nueva España: conversiones y construcciones a gran escala que todavía asombran. Los intercambios culturales entre hindús y católicos también tienen un paralelo con lo acontecido en Nueva España: la producción de libros acerca de las antiguas creencias, como los de fray Bernardino de Sahagún, o “el Diálogo de los doce”, que en la India fue “Un diálogo entre un cristiano y un hindú acerca de la religión”. En todo el mundo hubo trabajos similares por entender y convencer al otro de nuevos sistemas de valores, creencias y costumbres. Desde un punto de vista estrictamente histórico, los informes, traducciones y estudios etnográficos de los misioneros dan a su trabajo un valor incalculable, más allá de su meta específicamente religiosa.

Vale la pena recalcar la variedad de temas que se tocan en este libro. Uno entre varios es la dificultad de mantener un aceptable altura intelectual y moral dentro de cualquier organización, se trate de una monarquía, de la iglesia o, dentro de ella, de las órdenes religiosas. A pesar de la extrema necesidad de mayor personal, los capuchinos expulsaron a los jesuitas, y el Vaticano no apoyó con constancia ni recursos ni personal a las misiones de la India. Cuando finalmente envió visitantes o nuevos misioneros, algunos eran de la peor calaña o, como el francés que condenó al oprobio a nuestro capuchino, ignorantes e intolerantes. Más bien, parece que los buenos morían en el camino y los malos sobrevivían para tormento de los cristianos que con tanto riesgo se habían convertido a una nueva

religión. Uno de los episodios más interesantes para el lector, y más desagradables seguramente para Marco della Tomba, fue el juicio que tuvo que organizar contra un fraile de la misión que cometía los mayores atropellos: robos, asesinatos, violaciones, mentiras, huidas y todas las formas de insubordinación. Este renegado azotaba a los fieles, humillaba a otro fraile, pasaba la noche en casa de cuatro malas mujeres, levantaba acusaciones falsas y era traficante de armas, caballos y sal. No pudo haber sido peor ejemplo para una población de neófitos en la fe. Un poco como los peninsulares de la Nueva España, tan mal portados que los frailes trataron de separar la república de españoles de la de indios, para proteger a éstos de los abusos y vicios de aquéllos.

Vivir en la India en aquel entonces no era para un hombre de piel delicada. Marco della Tomba fue capturado en varias ocasiones por jefes militares o por multitudes de rebeldes. Se le obligó a “desfile por la ciudad en calzones”, seguro de que la hora de su muerte había llegado. Sobrevivió a hambrunas, como la de Bengala, “cuando la tercera parte de la población murió”. Sufrió de “ataques de fiebre y disentería” y, como se ha mencionado ya, se enfrentó a “torbellinos, bandidos, ascetas guerreros y tigres”.

Llegar hasta la India requería de suerte, fortaleza y paciencia. La primera vez que Marco della Tomba trató de viajar a la India, los vientos fueron contrarios y, después de 17 días de no poder salir del puerto, el viaje se pospuso un año. Cuando por fin se hacía la travesía por mar, si el barco lograba acercarse a la costa de Bengala, tenía que pasar la desembocadura del Ganges, con sus remolinos, huracanes y bancos de arena invisibles. Los naufragios llevaban a la muerte, ya que los cocodrilos se comían a los que sabían nadar y a los que no, y los famosos tigres esperaban en la orilla a quienes hubieran escapado de los reptiles.

Hay una relación entre Marco della Tomba, la misión del Tibet y la Nueva España. La misión a que se refiere el título del libro es la del Tibet, nombre que se conservó a pesar de su fracaso en 1745 y su traslado a Nepal y al norte de la India. Pero en donde estuviera ubicada, la misión siempre padeció una falta de dinero. En este caso, el porqué es una historia muy enredada. Según cuenta Lorenzen, los herederos de un cardenal des-

tinaron una cantidad importante de dinero a los trabajos de la Congregación de Propaganda Fide. Pero esta herencia no era más que una deuda de Felipe V de España con el cardenal. Como el rey no podía pagarla, pasó la deuda a las Cajas Reales del virreinato de la Nueva España (que tenía mucha plata, pero poca voluntad para pagar esta deuda, según parece). Para facilitar la recolección de fondos, el rey autorizó a Propaganda Fide “el derecho de recolectar limosnas”. Esta organización del Vaticano mandó a la Nueva España un hermano lego capuchino, es decir un fraile que no estaba ordenado sacerdote, para juntar dinero y cobrar la deuda a la Real Hacienda. Además, Propaganda Fide envió varios frailes capuchinos a la Nueva España a nombre de la misión del Tibet, entre ellos el famoso Francisco d’Ajofrín, cuyas crónicas forman parte de la historiografía del virreinato. De manera que los tlacos, reales y medios reales, maravedíes y otras pequeñas limosnas de los creyentes de la Nueva España, acuñados con la plata de las minas de estas tierras, iniciaron un largo camino que terminó en el norte de la India. No es solamente la familia y el interés académico de Lorenzen lo que nos une a esta historia, también es la esperanza de salvación, propia y ajena, a través de la limosna y la creencia en las buenas obras que se llevan a cabo por parte de los peninsulares, criollos, mestizos, castas e indios de la Nueva España, quienes enviaron su exiguuo excedente a la labor misionera de un lugar lejano, Indostán.

La salida de México de fondos para la obra misionera extranjera se detuvo con la proclamación de independencia, aunque hubo intentos por restablecerlo después.<sup>1</sup> Desde junio

<sup>1</sup>El folleto de fray Morán indica que no hubo restricciones posteriores: José M[aría] Morán, *Relación de las persecuciones y martirios que sufrieron y actualmente padecen las misiones del Reino de Tunkin, en la Gran China, que están al cargo de los misioneros españoles de la provincia del Santísimo Rosario del orden de Predicadores de las Islas Filipinas en el Asia. La da a luz el P. Fr. José M. Morán, misionero de la espresada provincia y su apoderado general en la república mexicana, con el objeto de que los piadosos mexicanos, los españoles y los católicos de todos los países que se hallen en esta república, se muevan a compasión a favor de aquella afligidísima cristiandad, y la socorran con alguna limosna. Imprenta con las licencias necesarias, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1842, 40 pp.* (Colección Lafragua, Biblioteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México). Tal vez fue exitosa la empresa, ya que se volvió a imprimir en 1844 (véase núm. 4587, Lucina Moreno Valle, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México, 1821-1853*, México, UNAM, 1975, p. 581).

de 1822 hubo una orden del Soberano Congreso Constituyente para que los intendentes “ocupen por inventario las fincas destinadas a misiones de Filipinas”,<sup>2</sup> que en esta época probablemente ya no tenían que ver con la misión del Tibet. Un pendiente de esta historia es determinar cuándo se cortó la relación entre la Nueva España y los capuchinos, o si el dinero recaudado por otras órdenes terminó en manos de Propaganda Fide, aunque no se mandaba a través de España sino del Oriente. Entre ciertos sectores de los políticos mexicanos, la idea de enviar recursos a otros países, cuando hacía tanta falta en casa, era inaceptable, de allí la promulgación de leyes que prohibían enviar a residentes en el extranjero (como el arzobispo Pedro Fonte o los padres misioneros de Filipinas) limosnas, rentas o intereses sobre capitales depositados en el país.

Otro elemento fue la xenofobia, causa y efecto de la expulsión de los españoles a partir de 1827. Como eran dominicos peninsulares los que llegaban de España y descansaban en México, a veces años, rumbo a su destino en las misiones de las Filipinas, les tocó la Ley de Expulsión de Españoles de 1827. A partir de ese momento, Lorenzo de Zavala, como gobernador del Estado de México, expropió las fincas ubicadas dentro de su jurisdicción pertenecientes a los padres de San Camilo, cuyos productos financiaban la conversión de los infieles de Asia, entre los cuales se supone que estaban los de la India, aunque los de la misión del Tibet eran capuchinos. Carlos María de Bustamante prácticamente lo acusó de robo.

Son hartas escandalosas las noticias que se reciben de Texcoco; aquella legislatura [del Estado de México, cuya capital era Texcoco en ese momento] está animada de un espíritu de jacobinismo impulsado por la ferocidad y supina ignorancia de sus miembros. Parece que se ha acordado confiscar los bienes y haciendas llamadas La Chica y La

<sup>2</sup> Orden del 4 de julio de 1822, *Colección de decretos y órdenes del Soberano Congreso Mexicano desde su instalación en 24 de febrero de 1822 hasta 30 de octubre de 1823, en que cesó*, México, Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, 1825, pp. 52-55. 4 de julio de 1822, pp. 52-5. Orden del 27 de noviembre de 1823, *Colección de decretos y órdenes del Soberano Congreso Mexicano desde su instalación en 5 de noviembre de 1823 hasta 24 de diciembre de 1824, en que cesó*, México, Supremo Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, 1825, p. 5.

Grande, de los dominicos de las misiones de Manila, para distribuirlos entre aquellos equitativos legisladores.<sup>3</sup>

Eran propiedades continuas, que abarcaban 4 222 hectáreas de “tierras de labor, potreros y una parte triangular del lago de Texcoco”, de lo que es ahora San Salvador Atenco.<sup>4</sup> También había por lo menos una finca en Puebla y otros bienes en la ciudad de México.<sup>5</sup> Lorenzo de Zavala llevó a cabo la venta de por lo menos una finca perteneciente a los padres de San Camilo, como se llamaba la orden que pertenecía a la provincia dominica del Santísimo Rosario de Filipinas. Lo que no alcanzó a vender fue declarado propiedad nacional mediante un decreto de 1833, que decía: “Los hospicios y las fincas rústicas y urbanas que poseían los religiosos misioneros de Filipinas, con todo cuanto les pertenezca, quedan a cargo de la federación”.<sup>6</sup> Con el regreso de Antonio López de Santa Anna al poder, fueron nuevamente devueltos a los misioneros, quienes ante esa inestabilidad decidieron venderlos en 1837. Se supone que había cuatro hospicios: en Filipinas, en China, en Fokien (¿también China?) y en Tunkin (Vietnam) sostenidos en parte por dinero mexicano, sin saber qué tanto de lo remitido desde aquí llegaba más allá de Manila. Lo que sí se sabe es que los misioneros siguieron peleando sus derechos sobre estos bienes en 1843, a pesar de la venta de 1837.<sup>7</sup> Con eso terminó la relación entre México y el norte de la India, salvo por la restablecida por David Lorenzen.

<sup>3</sup> Entrada de 15 de marzo de 1827 del *Diario histórico de Carlos María de Bustamante*, CD rom, Josefina Zoraida Vázquez y Cuauhtémoc Hernández (eds.), El Colegio de México/CIESAS, 2002.

<sup>4</sup> Estas tierras fueron confiscadas en 1822 y devueltos a sus propietarios dominicos al año siguiente. Diana Birrichaga Gardida, “Administración de tierras y bienes comunales: política, organización territorial y comunidad de los pueblos de Texcoco 1812-1857”, México, El Colegio de México, 2003 (tesis doctoral).

<sup>5</sup> Sesiones del 10 y 15 de abril de 1833 en Juan A. Mateos, *Historia parlamentaria de los congresos mexicanos*, 25 vol., México, V. S. Reyes, 1877-1912, VIII, pp. 288-289, 304.

<sup>6</sup> Parte oficial, gobierno general, Secretaría de Hacienda, sección primera, firmado 31 agosto de 1833, en *El Telégrafo. Periódico oficial del gobierno de los Estados-Unidos Mexicanos*, t. II, núm. 119 [p. 1].

<sup>7</sup> José María Morán, *Manifestación de los derechos que tienen los dominicos españoles, misioneros de Filipinas en el litigio con el señor... Miguel Cervantes, sobre nulidad de venta de las haciendas llamadas La Chica y La Grande*, México, Vicente García Torres, 1843. (Biblioteca Nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, 208 Mis. 34).



La falta de dinero para sostener las misiones llegó a ser tan severa que para remediarlo, Marco della Tomba sugirió que la Iglesia permitiera a los capuchinos “prestar dinero y cobrar intereses, a pesar de nuestras reglas en contra de la usura, ya que esta costumbre es universal en este país”, es decir, la India. Esta idea le llegó al fraile en una fecha avanzada durante su segunda estancia, en 1786. Es un pequeño indicio del grado en que había perdido contacto con el mundo y con la realidad occidentales. Por mucho que se practicara la usura, no había la más remota posibilidad de que Roma lo sancionara. Prefería perder la misión.

Lorenzen termina su libro con unas palabras acerca de la importancia de estos solitarios misioneros que valdría la pena recordar: “Durante el siglo XVIII, los frailes de la misión del Tibet ocupaban un lugar clave en el punto de contacto entre Europa y Asia, entre el cristianismo y las religiones de Asia, entre el avance del imperialismo británico y la resistencia de los estados asiáticos”, lo que es un comentario acertado en relación con los acontecimientos mundiales. Pero lo de Marco della Tomba también es una historia importante por lo que respecta a los individuos, del drama de la incomprensión humana, de la imposibilidad, o casi, de llevarse bien con el otro. Es una historia de codicia, de conquista, de imposiciones, de despojos, de saqueos, y de la perseverancia de unos cuantos frailes, buenos y malos, movidos por la fe y por las pasiones, igual que los gobernantes que iban y venían y de los comerciantes que, al fin y al cabo, fueron los poderosos y los victoriosos de esta historia.

ANNE STAPLES

*Centro de Estudios Históricos  
El Colegio de México*

## 2

Brunetto Latini, en su *Tesoretto*, enciclopedia de todo lo conocido hasta el siglo XIII, dice en el espacio destinado a la distribución de la tierra, que el mundo se componía de Europa, Asia y África; la *terra incognita* que aún no se sumaba, no importaba mucho, no tanto por desconocida, cuanto porque ese fragmen-

to de Occidente quedaría de manera inevitable unido a Europa, que depositó en ella sus criterios, religión, modos de vida y cambió para siempre su faz antropológica.

Pero el orientalismo, tema que inauguró Eduardo Said y expuso de manera amplia y convincente, convirtió el resto de las culturas del mundo antiguo en sucursales de las ambiciones y conquistas europeas. Amín Maalouf, también preocupado por la identidad de los pueblos, sus culturas y religiones, analiza el envés de ese problema y afirma, sin que le quepan dudas, que el letargo de Oriente abrió una ruta a la civilización europea —primero con el cristianismo y luego con su técnica, su modernidad— no bien consolidada la conquista de América. La cruzada del cristianismo se desparramó en Oriente creando productos híbridos que no terminaron de prender o, en el mejor de los casos, prendieron a medias, porque el sustrato sigue sosteniendo la cultura y la modernidad se orienta al sincretismo.

Observando los mapas que ilustran este libro, en la vasta zona del Indostán, la Misión se ve arrinconada hacia el Oriente, poco territorio en el enorme espacio de India que franceses e ingleses procuraban dominar. Los posibles conversos se encontraban entre situaciones que no ofrecían disyuntivas, porque lo que ocurría escapaba de su control: lo que eran, lo que les ofrecía la catequesis, los franceses que retrocedían, los ingleses que conquistaban.

En el largo periodo de acomodo del mundo, que comienza con la llegada de los iberos a América, el que pudo dejó su testimonio personal a modo de crónica de sus hechos o de los observados en los demás. Ya avanzado el siglo XVIII, Marco della Tomba dejó la suya, como testigo de “la destrucción de los gobiernos indios independientes en Bengala y Bihar, del surgimiento del imperio colonial británico en India, del caos y saqueo”. En esa transición, el monje capuchino que da título al libro, “durante los largos y peligrosos viajes de Europa a India, las guerras constantes de las décadas de 1750 y 1760, la hambruna de 1769-1770, sus ataques de fiebre y disentería, y los peligros ocasionados por torbellinos, bandidos, ascetas guerreros, tigres, o logró sobrevivir e incluso prosperó”.

Marco terminó como “flagelo de la Misión”, en ese entorno matizado de ambiciones, actitudes poco monásticas y

menos aun religiosas; según se desprende de su relato, la jerarquía eclesiástica lo calificó así, porque procuraba, contrarriente, asegurar la vida de una Misión que, al parecer, no tuvo mucho éxito en la tarea de convertir. Y no es de extrañar; más de una vez en la narración Marco alude a ataques, huidas, a viajes largos, peligrosos, a la escasez de misioneros. Sólo en la fantasía de sus críticos cabía la idea de que en medio de ese mundo revuelto podría tener éxito la catequesis y la conversión.

En el capítulo quince Marco observa el pueblo y las costumbres que debía transformar, y por doquier ve, “supersticiones enormes y deshonestas. Varias veces me acerqué a corregirlos y dije aquella gente que hacía mal, pero me sorprendió mucho ver que no querían escucharme. Al contrario, se mofaban de mí y empezaban a reír”. Y con esta realidad en manos, el fraile decidió, sensato, comenzar por dentro, estudiando la lengua y la religión de sus posibles futuros conversos, que completó la traducción de varios libros. Su criterio no era universal, porque observa: “es prejuicio grandísimo pensar que con un discurso natural uno podrá convencer a los hindúes basándose sólo en haber oído decir que ellos no tienen suficientes razones para sostener su religión. Yo mismo no pude evitar este prejuicio hasta que vi la imposibilidad de las cosas. Todos los misioneros lo experimentan, pero pocos se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde”. Y para el que quiera instrucción básica sobre el *Ramayana*, De la Tomba lo sintetiza quitando sus alegorías complejas y eludiendo metáforas. Es particular en estos informes sobre la religión de los indios el tono desapasionado, su estilo directo, sin juicios o prejuicios.

Además, la instrucción del fraile en la religión de sus huéspedes tiene incursiones peculiares en herencias griegas y persas. Ahí está Zoroastro con la difusión de la astronomía, un Platón misterioso que viajaba por estas tierras en la misma época, de quien los indios “tomaron la transmigración de Pitágoras o de otros egipcios”, y Alejandro Magno. Cerca de Bettiah había dos columnas misteriosas con inscripciones que nadie podía descifrar. Según la tradición, fueron construidas por el conquistador y se comenta que tuvo relación amistosa con Didame, brahmán de Benarés, quien le escribió una carta, a todas luces apócrifa, aquí transcrita (pp. 46-51), en la que el sabio indio

analiza las diferencias entre sus culturas —la paz de unos, la agresión de otros—: “Oh, Alejandro, no te ofendas si con nuestro autorretrato corrijo el tuyo. ¿Qué subversión no has metido en el universo? ¡Y esto tanto por codicia como por ambición! ¿Cuántos asesinatos por tus manos? ¿O por tus órdenes?... Corres impetuosamente hacia donde el sol sube como si desearas agarrarlo con tus manos...”

Esa vida de peregrinaje, con los ingleses alterando planes o disposiciones, tenía su lado burocrático oscuro y de partido, algo bastante común, al parecer, porque De la Tomba observa que el prefecto, en cierta situación escabrosa, cuyo protagonista era un tal Giuseppe da San Marcello, “una espina clavada en la Misión”, según lo describe, “apoyó al bando equivocado, como era de esperar”. Vale la pena detenerse en el cap. 19, relato minucioso de un juicio a las transgresiones de esa espina, y de aquello en lo que podía incurrir un fraile cuando la Misión servía más como botín que como medio de conversión.

En el capítulo último se expone la razón de que Marco haya recibido el calificativo de flagelo de la Misión, fraile nada digno, según su detractor, de la tarea que se le había encomendado. Un defensor de Marco califica el destino al que fue sometido como “abuso de las armas eclesiásticas”, y podría haber ido más lejos, porque su afirmación no basta para describir esa sucesión de rencores no resueltos, más mundanos que piadosos, alimentados por la difamación gratuita, que borraba con gesto autoritario y airado decenios de vida.

Característica particular del libro es el estilo escogido por el autor para que la biografía del capuchino se conserve en primer plano. En varios capítulos, Lorenzen asume el personaje, habla por medio de Marco de la Tomba, lo que convierte esta meticulosa investigación, si prescindimos del dato puntual en lugares, fechas y nombres, en una especie de crónica novelada, un fragmento de la historia de India narrada por un italiano consciente y atento a su entorno.

MARTHA ELENA VERNIER  
*Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios*  
*El Colegio de México*